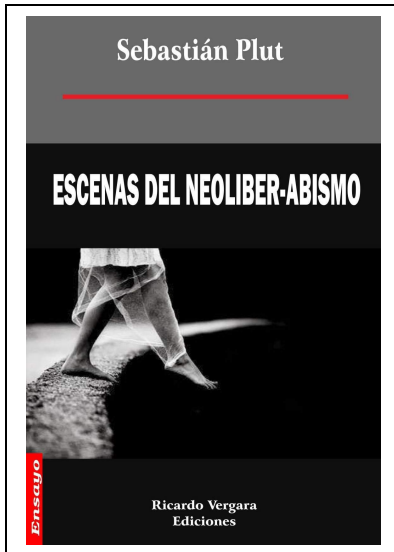


Reseña del libro Escenas del Neoliberal-Abismo, de Sebastián Plut (Ed. Ricardo Vergara, 2019)

Por Sebastián Plut



Como se espera de todo libro, el lector se encontrará con una serie de hipótesis y reflexiones, con las que podrá tener acuerdos y desacuerdos, o podrá sentirse representado más o menos parcialmente. Sin embargo, y tal como lo expongo en diferentes capítulos, no considero que los consensos siempre sean la meta, pues más relevante aun es la solidez de una argumentación y la convicción en todo aquello que uno afirma. Es allí donde hacen pie los debates, en comprender los fundamentos de las tesis que cada quien sostiene y en la capacidad de creer en la propias palabras.

Lo que motivó el contenido de cada uno de los capítulos, escritos durante 2018 y 2019, no fue solo un ejercicio de especulación y ensayo,

sino también la necesidad de conservar la capacidad de pensar y de sobreponernos a los embates del neoliberalismo que se instaló en Argentina desde 2015.

Los seres humanos somos portadores de determinaciones universales, generales, particulares y singulares. Entre las primeras, por ejemplo, se hallan la herencia filogenética así como la pulsión de muerte. Los componentes generales son aquellos que permiten definir, parcialmente, ciertos modos de agrupamiento. Así, la psicopatología distingue fóbicos, neuróticos obsesivos o paranoicos, por ejemplo, pues más allá de las diferencias cada grupo presenta, en su interior, rasgos comunes. Lógicamente, también se pueden definir otros modos de agrupamiento, por caso, según características evolutivas, o más descriptivamente por cuestiones demográficas, entre otras alternativas. Las determinaciones particulares y singulares ya nos ubican en el terreno individual, esto es, cómo se combinan en un sujeto dado las posibles disposiciones y cómo se expresan, por ejemplo, en un sueño, lapsus, etc.

Esta breve explicación tiene su razón de ser en tanto en el libro me refiero, en varias ocasiones, a un tipo de agrupamiento, a saber, los votantes neoliberales. Subrayo, entonces, que tengo conciencia de que dicho conjunto posee contornos imprecisos, que hallamos dentro de él una heterogeneidad indudable, pese a lo cual intentamos comprender algunos rasgos comunes y, a su vez, sus variaciones.

Muchas de las ideas que expongo surgieron de intercambios con valiosos colegas, y la mayoría fueron expuestas en diversas clases y conferencias (en la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento, en

la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, en la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados o en el Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires) y en artículos que aparecieron en diferentes publicaciones, especialmente en el Diario *Página/12*, en *La Tecla Ñ* y en la Revista *Contraeditorial*.

La mayoría de los textos reunidos en el libro fueron leídos por David Maldavsky, que en su función de Maestro en cada ocasión me transmitió sus fecundos comentarios y de cuya pérdida aun nos cuesta reponernos.

En 1932 Einstein le preguntó a Freud sobre lo que aquél llamó *psicosis colectiva*: “¿Cómo es posible que esta pequeña camarilla someta al servicio de sus ambiciones la voluntad de la mayoría?” Y luego agregó otro interrogante: “¿Cómo es que estos procedimientos logran despertar en los hombres tan salvaje entusiasmo, hasta llevarlos a sacrificar su vida?”¹.

¿Cómo logra el neoliberalismo no solo lanzar pueblos enteros al abismo, sino que estos mismos se arrojen al vacío casi gozosamente?

Freud describe lo que caracteriza como una amenaza para la sociedad, la “*miseria psicológica de la masa*”. Dice: “Este peligro amenaza sobre todo donde la ligazón social se establece principalmente por identificación recíproca entre los participantes, al par que individualidades conductoras no alcanzan la significación que les correspondería en la formación de masa”². Su desenlace, inevitable, será el desamparo de aquellos que, unidos por el odio, no son más que un puñado de individuos dispersos, abandonados por el conductor que nunca fue tal.

El acontecimiento *líder* no es predecible, aunque probablemente nunca sea pura contingencia. Tampoco es, el líder, un sujeto; es, más bien, una representación que lo articula con un colectivo cuyos miembros no dejan de ser sujetos singulares, referenciados todos en un inventario de ideales. Que el todo sea más que la suma de las partes, no elimina la potencia de ellas.

Como en el cuento de H. Ch. Andersen se puede elogiar al rey desnudo y, por qué no, con similares recursos se lo hace odiar. Parece sencillo: se lo viste con imaginarios ropajes, con atributos inexistentes pero que

¹ Freud S. y Einstein, A.; (1932) “¿Por qué la guerra?”, O.C., Vol. XXII, Ed. Amorrortu, pág. 185.

² Freud, S.; (1930) “El malestar en la cultura”, O.C., Vol. XXI, Ed. Amorrortu, pág. 112.

muchos dicen ver. Quien no ve tales vestidos, nos dice el autor, es inepto y estúpido. Algunos, lo denominan *opinión pública*.

Es una operación de desarticulación, de fractura de un tejido sensible, de supresión de múltiples fajas libidinales: con quien funge de líder, de los sujetos entre sí, de un *todos* plural y heterogéneo. Su consecuencia, otro abismo, Freud lo llamó *pánico*.

El amor propio de la humanidad, dijo Freud, fue afrentado de tres maneras, una de ellas por Charles Darwin cuyos descubrimientos refutaron la siguiente ilusión: *“En el curso de su desarrollo cultural, el hombre se erigió en el amo de sus semejantes animales. Más no conforme con este predominio, empezó a interponer un abismo entre ellos y su propio ser”*³.

Prevalecer sobre otros e interponer un abismo con ellos, son dos operaciones que el amo neoliberal ejecuta también con sus semejantes humanos. Pretende, así, desestimar el lazo con el otro, el otro del trabajo, de la política, de la patria e incluso de la especie humana.

Enorme valorizador de historias y memorias, Freud conjugó las historias y memorias singulares, familiares, colectivas y también de la especie. Quizá por eso indicó que si admitimos la herencia de la especie, *“habremos tendido un puente sobre el abismo entre psicología individual y de las masas”*⁴. Sí, un puente sobre el abismo.

El otro, lo colectivo y el pasado son los nombres que cobijan a los personajes que el aglomerado neoliberal pretende incluir en su amañada historia de la infamia. El aislamiento sugerido es, pues, otro abismo.

El *individualismo*, la *meritocracia* y la *deuda*, son las tres precarias aldabas que le quedan al sujeto para llamar a la puerta de un mundo que lo va aislando y despojando cada día. Sacrificarse más y más en su encierro, solo para convocar a un voraz acreedor, es la soga que –cree– lo salva de caer al abismo mientras se le enreda en el cuello.

“Sentir que no tenemos carencias puede llenar un vacío emocional” afirmó Hustvedt lúcidamente⁵.

³ Freud, S.; (1917) “Una dificultad del psicoanálisis”, O.C., Vol. XVII, Ed. Amorrortu, pág. 132.

⁴ Freud, S.; (1938) “Moisés y la religión monoteísta”, O.C., Vol. XXIII, Ed. Amorrortu, pág. 96.

⁵ Hustvedt, S.; (2012) *Vivir, pensar, mirar*, Ed. Anagrama.

Extrañados del otro, de lo colectivo y del pasado, el vacío emocional hace su metástasis. El sujeto acaso descubra que su vivencia de insignificancia y su dolor no se revierten en la soledad de sus graves e infecundos empeños. Pero algo lo sustrae de ese estado: tiene deudas. Y entonces siente, aunque más no sea durante el tiempo de un susurro, que no tiene carencias. El vértigo de la caída aun está detrás de la puerta, pues el individuo se aferra a la cuerda de las deudas.

Endeudarse, entonces, se acepta como proyecto mortífero y se razona como corolario de una fiesta que no fue, como espejismo que afirma que no hubo herencia que recibir, más que su pesadez. Endeudarse, pues, es el signo del abismo con lo que fue, y del abismo con los que vendrán a quienes no podremos dejarle herencia.

Un letargo invade millones de conciencias, un letargo que pretende borrar recuerdos e identificaciones. El cambio que anunciaron, lo nuevo que vendría, quiere alucinar un pasado muerto, que no es lo mismo que los muertos de nuestro pasado. Si el pasado en sí mismo está muerto, es porque pretenden, tras la pervertida alegría, que así nos sintamos: muertos, aletargados. La deuda devendrá, y la jerga popular lo enseña, en denodados esfuerzos por *levantar el muerto*.

“No se piensa de buena gana en molinos de tan lenta molienda que uno podría morirse de hambre antes de recibir la harina”, sentenció Freud⁶. Dicho de otro modo, es de la más absoluta necesidad pedirle paciencia al hambre. No es verosímil esperar que los arrojados al abismo no griten.

También el padre del psicoanálisis consignó que el *trabajo* es de las vías que más liga al sujeto a la realidad y lo inserta en la comunidad⁷. Quedar enajenados de la realidad y soltados de la comunidad humana es el producto de la desocupación. Otro abismo.

Sinteticemos

El neologismo *neoliberal-abismo* constituye una condensación de lo que, en rigor, es indisociable: la cosmovisión política y económica neoliberal no es sin abismo. En efecto, cuando se busca suprimir los colectivos (que articulan múltiples singularidades), degradar los ideales, excluir al otro, abominar del

⁶ Freud S. y Einstein, A.; (1932) “¿Por qué la guerra?”, O.C., Vol. XXII, Ed. Amorrortu.

⁷ Freud, S.; (1930) “El malestar en la cultura”, O.C., Vol. XXI, Ed. Amorrortu.

pasado y de la solidaridad, exacerbar el individualismo deudor, arengar la crueldad, imponer el hambre y la desconexión con la realidad, no hay duda que al final del túnel solo hay un abismo.